



Cuaderno Cervantino

Número 3 - Julio - Agosto 2022



Reflexiones

"La Democracia como Desafío del Servicio Público".

Josep Antoni Duran i Lleida

Vinculación con el MEDIO



Presentación

La Vicerrectoría de Comunicaciones y Vinculación con el Medio de la Universidad Miguel de Cervantes (UMC), presenta el tercer número del año 2022, de sus Cuadernos Cervantinos publicación institucional de carácter virtual y con una periodicidad bimensual.

En esta publicación presentamos el ensayo *"La Democracia como Desafío de Servicio Público"*, escrito por el desatacadado político e intelectual español Josep Duran i Lleida.

El texto fue presentado en el Segundo Encuentro "Reflexiones sobre la Vigencia del Pensamiento Humanista Cristiano, Oswaldo Payá Sardiñas" organizado por la UMC el año 2015. El texto, totalmente vigente, nos plantea los desafíos de la política y de la democracia desde el humanismo Cristiano.

De este modo, a través de este medio, promovemos nuestra inspiración humanista y cristiana en la comunidad cervantina, públicos de interés y la sociedad en general.

Francisca Ortega Frei
Vicerrectora de Comunicaciones y Vinculación con el Medio
Universidad Miguel de Cervantes



Reflexiones

“La Democracia como Desafío del Servicio Público”.

Josep Antoni Duran i Lleida

Constituye para mí un honor poder participar en este Segundo Encuentro Internacional en homenaje a nuestro querido y llorado compañero, Oswaldo Payá. Impresiona, asimismo, que el recuerdo a tan heroico luchador por la libertad y los derechos humanos, tenga lugar, hoy y aquí, en el marco de esta sede del Congreso Nacional de la República de Chile, expresión de la democracia y de la soberanía de un pueblo, como el chileno, que, cuando perdió sus libertades, supo recuperarlas pacíficamente y con aplomo.

Y permítanme también expresar mi profunda satisfacción y mi respeto por el hecho de poder reflexionar, junto con todos ustedes, a propósito de los desafíos de la política y de la democracia, vistos desde la óptica de personas que defendemos el humanismo y compartimos los mismos ideales de libertad y de justicia que dimanar de nuestro común ideario.

La evolución humana está repleta de situaciones de crisis y de insatisfacción. Nosotros mismos nacimos en su día como partidos políticos innovadores, frente a las dos grandes ideologías en lucha y dispuestas a engullir toda la sociedad humana. Recordemos cómo Pío XI, en su encíclica *Quadragesimo Anno*, afronta con valentía los problemas sociales y económicos de la sociedad de principios del siglo XX. Las enormes desigualdades existentes, la relación entre el trabajo y el capital, la cuestión obrera, los límites de la propiedad privada... todo ello es objeto de reflexión en la Doctrina Social de la Iglesia. Y asimismo, Pío XI nos recuerda la condena de un socialismo que sitúa la persona humana como un simple instrumento a merced del estado, a la vez que tampoco duda en condenar un liberalismo que, en lugar de procurar el desarrollo integral de la persona humana, promueve su supeditación a otro concepto impersonal y abstracto, cual es el mercado y que, de una manera inhumana, en palabras del Papa, “*el capital reivindicaba para sí todo el rendimiento, la totalidad del producto, dejando al trabajador apenas lo necesario para reparar y restituir sus fuerzas*”¹.

1 PÍO XI. “Carta Encíclica *Quadragesimo Anno*” Cap. 54. Roma 1939

En el seno de dicho debate y, especialmente, tras la sacudida que los regímenes fascistas y las dos guerras mundiales comportaron en el pensamiento político, la democracia cristiana consiguió erigirse en un corpus ideológico y político providencial para el devenir de la sociedad europea y también mundial. En plena guerra de bloques, los socialcristianos fuimos igualmente combativos contra los excesos del Estado, como también lo fuimos contra los excesos de un mercado cada vez más deseoso de menos normas. Mucho más allá de unos y otros, nuestro referente es una concepción del hombre marcada por su vocación de plenitud y por el sentido y grandeza de su existencia; asimismo, la sociedad sólo puede adquirir una dimensión humana y enriquecedora cuando se convierte en comunidad. Como afirmaba Emmanuel Mounier, el hombre como persona y la sociedad como comunidad de personas, forman un todo que no se puede disociar. Como resumía Paul Dabin, colaborador de Mounier durante años y alumno también de Maritain, “*la doctrina demócrata contiene ante todo dos principios: el hombre es el fundamento, el sujeto y la meta del orden social y, a su vez, la sociedad tiene la tarea de promover el bien de todos*”².

Nuestro sistema ideológico sirvió para grandes logros políticos durante la Guerra Fría e incluso en los momentos posteriores a la caída del Telón de Acero. En Europa Occidental, en diversos países de América Latina, la democracia cristiana constituyó durante décadas la fuerza vertebradora de una sociedad más justa, con mejores derechos sociales y mayor progreso y bienestar para todos sus ciudadanos. El milagro alemán, por ejemplo, más allá del Plan Marshall, tiene también su origen en el desarrollo de la economía social de mercado y la participación de los trabajadores en los órganos de dirección de la empresa. Y aunque mi discurso pueda sonar muy “*eurocéntrico*”, la democracia cristiana, representada por personalidades de la inmensa talla de Alcide de Gasperi o Konrad Adenauer, permitió avanzar hacia acuerdos antes impensables entre países siempre en permanente conflicto bélico. La simple creación de las tres comunidades y de

2 PAUL DABIN. “En busca de los Fundamentos Espirituales de la Democracia Cristiana”, página 28, a “Tradición y Actualidad de una Doctrina Cristianodemócrata”. PPE. Unión Editorial. Madrid 1989.

la posterior Comunidad Económica Europea, fue un logro asequible, gracias a estas grandes personalidades mencionadas, junto a otras como Schuman o Monet. Pero, además, fue también posible porque, ante tanta guerra, fue surgiendo un nuevo humanismo centrado en los valores del diálogo, la concordia y la paz.

Ésta ha sido, a grandes trazos, la aportación de la democracia cristiana en los momentos convulsos que siguieron a las dos guerras mundiales y a la Guerra Fría. En definitiva, un movimiento profundamente democrático, enraizado hasta la médula en la defensa de los derechos fundamentales de las personas y de las comunidades naturales, ejercida desde el máximo respeto a las instituciones y a las reglas democráticas, y -no menos importante- sin dogmatismos innecesarios, capaz siempre de hallar puntos de diálogo e incluso de entendimiento con otras fuerzas políticas alejadas de nuestro espectro ideológico. No es de extrañar que grandes alianzas políticas, como la Gran Coalición Alemana entre 1966 y 1969, el compromiso histórico italiano de los años 70 o la Concertación de Partidos por la Democracia en Chile, tras la dictadura, tuviesen siempre como una de las partes a una formación democristiana.

Quisiera señalar con esta breve y sobradamente conocida digresión histórica, aquello que todos ustedes -personalidades políticas profundamente formadas en el ideario humanista- ya conocen: las formaciones políticas humanistas y de inspiración cristiana nos hemos erigido en un proyecto político amplio, dotado de una ideología poderosa, y capaz de impulsar el bien común a partir de la centralidad de la persona humana y de su dignidad, y siempre, siempre, opuestos a cualquier práctica de totalitarismo o de supeditación de la persona a cualquier otra realidad, llamémosla mercado o llamémosla Estado.

Ante esos grandes desafíos de la mayor parte del siglo XX, la democracia cristiana ha sido, con sus virtudes y sus humanos defectos, una fuerza democratizadora, social, progresista y avanzada, preocupada siempre por el progreso y el bienestar integral de la persona humana y de las comunidades naturales. Como europeo, puedo dar fe que la democracia cristiana europea ha sido la gran impulsora -aunque no la única- de esa nueva Europa de paz y de prosperidad que es la Unión Europea, a la cual se suman constantemente nuevos países democráticos, deseosos de disfrutar no sólo de los beneficios económicos que comporta dicha área sino, sobre todo, de la estabilidad que supone como espacio de paz, de convivencia y de progreso.

Si fuésemos hijos de ese positivismo científico y filosófico que caracterizó el siglo XIX, podríamos suponer que, tras la derrota de los totalitarismos y con la

caída del Muro de Berlín, la democracia formal se hallaba ante la mejor de sus expectativas, con un amplio consenso en cuanto a sus virtudes y con una cierta sensación de que, con los avances sociales derivados del progreso constante y también de la actuación política de fuerzas democristianas o socialdemócratas, habían sido vencidos los riesgos de cualquier exceso liberal/-capitalista.

A finales de los ochenta, a principios de los noventa, nuestras preocupaciones podían resumirse en el debate a propósito de cuáles debían ser los límites del Estado, desbordados, de entrada, por una creciente demanda de servicios por parte de los ciudadanos, propia del Estado del Bienestar, a las luces difíciles de mantener y, además, por la voluntad omnipresente de las administraciones y de los poderes públicos para regular y controlar la existencia de las personas y de las familias. Por otro lado, también constituían motivo de preocupación la irrupción de políticas de innegable carácter neoliberal, impulsadas por líderes como Margaret Thatcher y Ronald Reagan, cuyo objetivo era el desmantelamiento del estado social, una apuesta por la economía liberal de mercado y la voluntad de incrementar los beneficios económicos de algunos, pero cuya consecuencia principal no era otra que el distanciamiento entre pobres y ricos y la desprotección de los grupos sociales marginales.

“Sentido de libertad”. Y justamente con esa expresión, *“sentido de libertad”*, viene mi segundo comentario. Doña Liliana nos ha indicado esta tarde el papel central de la libertad en la configuración de las comunidades de amistad, como lo señala en el inicio de su tratamiento en el escrito que hemos seguido para este comentario. A partir de un pensamiento de Aristóteles, escribe doña Liliana: *“La reflexión sapiencial del humanismo clásico enseña, en efecto, que ser feliz o alcanzar una vida lograda implica un proceso vital dirigido por la libertad humana y enfocado ineludiblemente hacia la plenitud personal”*.

Ciertamente, un debate complejo, aún no superado, que situaba el ideario democristiano en la necesidad de impulsar conceptos como el principio de subsidiariedad, la simplificación de la vida pública, la reivindicación de la responsabilidad de cada persona y de cada familia, el rechazo del individualismo y la necesidad de coordinar en pro de la persona humana y del bien común los límites de la política y de la economía.

También a finales de los ochenta y a principios de los noventa afloraba como un nuevo reto de la democracia, la aparición de las nuevas tecnologías, ante las cuales ya se advertía la posibilidad de dividir la sociedad y la comunidad interna-

cional en sectores con acceso a las mismas y sectores excluidos de su disfrute y aplicación.

Y asimismo, tras una época marcada por la crisis del petróleo de los setenta, aparecía también como importante reto para la progresiva implantación democrática, la pesada deuda internacional de determinados países, así como también el comportamiento inmoral de algunos bancos de los países desarrollados. Todo ello exigía, desde el humanismo, la implantación de un nuevo orden democrático internacional, acompañado de una nueva distribución del poder y de la responsabilidad. Como afirmaba por aquel entonces Roberto Papini, “nuestro objetivo debe ser dar vigencia al tradicional principio social-cristiano de la justicia social y política en las relaciones internacionales”³.

Sin embargo, el optimismo con que podíamos vislumbrar el futuro de la democracia, dos o tres décadas atrás, no se ha cumplido. No vivimos bajo el terror de los totalitarismos de los años treinta y cuarenta o, en América Latina, los procesos de democratización se hallan en su mayoría debidamente consolidados y cumplen todos los requisitos y garantías de los procesos más avanzados. Tampoco vivimos bajo la zozobra de la guerra fría ni de los bloques enfrentados. No obstante, la democracia no ha alcanzado ese estadio satisfactorio que todos preveíamos apenas décadas atrás. Es cierto que la democracia ejerce una vis atractiva imparable y que nadie se plantea de una manera abierta y frontal optar por otros sistemas. También es cierto que las sociedades que no se rigen por sistemas de democracia formal y garantista suelen estar sujetas, de un modo u otro, a situaciones de dictadura o de voraz restricción de los derechos humanos. Pero una observación de la trayectoria seguida durante el último medio siglo evidencia –pese a muy notables e importantísimas excepciones– que la democracia es el sistema político al que aspira, en su conjunto, la humanidad.

Como indicaba, existen notables excepciones. En muchas ocasiones acostumbramos a considerar que nuestro entorno es el reflejo del conjunto de la sociedad mundial y, desgraciadamente, no es así. Perviven las hambrunas, las guerras, los conflictos tribales, e incluso se ha retrocedido, y mucho, en la convivencia interreligiosa. La destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York comportó una brutal herida en la convivencia mundial, y algunos extremismos –no todos siempre del mismo signo– han alterado las ingenuas previsiones de una coexistencia pacífica y centrada en el bien común.

Por tanto, podemos afirmar que la humanidad tiene problemas irresueltos y que

no parecen en vías de solución. Como humanistas, la situación de nuestro planeta, plagado de conflictos, es la muestra más contundente de nuestro fracaso. Y es difícil centrarse en los problemas domésticos de cada uno de nuestros países o de nuestras áreas de convivencia, si antes no centramos también nuestros esfuerzos en mitigar la dureza en la que viven y mueren otros seres humanos. No podemos sentirnos humanistas mientras nuestro humanismo no sea universal y se limite al corto alcance de nuestra comunidad y a sus comunidades vecinas.

Pero ello tampoco ha de impedirnos que, como responsables políticos, como humanistas, como apóstoles de un ideario social y cristiano, como defensores de la dignidad humana y de la democracia, no debamos esforzarnos también al máximo para responder a los retos que se erigen ante nuestras democracias. También nosotros tenemos el deber de responder a los desafíos democráticos, con la sana aspiración de construir una mayor y mejor democracia que sea ejemplo y referente para el conjunto de las restantes naciones. Como humanistas, es nuestro imperativo ético del que no podemos evadirnos. En cierta manera, respondemos a la exigencia de Maritain, en su obra *“El Hombre y el Estado”*, cuando exigía de los líderes políticos humanistas un *“factor profético”*. *“La misión de estos profetas –según Maritain– tiene su origen en sus corazones y en sus propias conciencias, .../... y son especialmente necesarios en los periodos de crisis, de nacimiento o de renovación natural de una sociedad democrática”*⁴.

Fuimos proféticos, de la mano y bajo la guía de la Doctrina Social de la Iglesia, en cuanto a nuestra oposición a ambos sistemas, el liberalismo y el socialismo, por cuanto suponían de despersonalización del ser humano frente al mercado o frente al estado. Fuimos proféticos en nuestra denuncia radical y absoluta contra el mal que representaron los fascismos y totalitarismos. Hemos sido proféticos una y otra vez, exigiendo al Estado democrático que se abstenga de su política desbocada y que circunscriba su actuación a lo justo y necesario, a la obtención del bien común y a hacer posible, mediante la aplicación y el respeto al principio de subsidiariedad, que cada comunidad pueda alcanzar por sí misma aquello que le es dable alcanzar, y que pueda procurar a todas las personas y familias aquello que, con el esfuerzo de todos, podemos también conseguir. También en épocas de crisis hemos invocado la necesidad de unas instituciones sostenibles, no frente al apetito de las administraciones, sino frente a reclamaciones de los propios particulares. Como socialcristianos, reiteramos que la misma obligación del Estado de garantizar el bien común, ha de actuar también como freno de los ciudadanos ante pretensiones que excedan lo justo y

3 ROBERTO PAPINI “Tradición y actualidad del pensamiento cristiano-demócrata” páginas 47 y ss, a “Tradición y Actualidad de una Doctrina Cristianodemócrata”. PPE. Unión Editorial. Madrid 1989

4 JACQUES MARITAIN, “L’Homme et l’Etat”. Página 136. INEHCA 2012.

conveniente para su desarrollo humano. En tiempos de crisis, por ejemplo, deberíamos proclamar un principio de subsidiariedad inversa, que blindase al estado frente a pretensiones cívicas que las personas puedan perfectamente proveer con su propio y debido esfuerzo. El principio de subsidiariedad no sólo es una garantía de la sociedad frente al Estado, sino también un argumento que puede esgrimir el Estado cuando se compromete el futuro de las generaciones venideras.

Ahora, en estos inicios del tercer milenio las democracias maduras se enfrentan a nuevos retos. Como decía antes, no existe ningún sistema político que, de manera abierta, abogue por la desaparición de la democracia. Dictaduras y populismos, todos empuñan la misma bandera y todos invocan la democracia -entendida a su manera- como la razón de ser de sus actividades. Y, paradójicamente, en el momento en que la democracia se ha quedado sin sistemas alternativos y goza de su máximo prestigio, como modo para regular la convivencia de los ciudadanos, aparecen nuevos factores que ponen en entredicho la calidad democrática de nuestras sociedades. Sería difícil encontrar alguna etapa anterior en que los ciudadanos se sintiesen como ahora, tan distantes de sus instituciones y en que éstas sean valoradas de una manera tan negativa. También es cierto, como apuntaba en un reciente artículo Ignacio Sotelo, que hoy en día, sin competencia imaginable, criticar la democracia comporta mucho menos riesgo que en otras épocas, cual la guerra fría, *“en que excederse en las críticas del modelo occidental se interpretaba como prueba de preferir el soviético; así que se andaba con mucho tiento a la hora de criticar la democracia representativa”*.

En definitiva, una parte significativa de la sociedad expresa con notable soltura un vivo hartazgo de la política e incluso un distante menosprecio de cuanto representa. Se procede sin especial cuidado a una crítica despiadada de los sistemas democráticos, tildados a menudo de escasamente representativos e incluso tachados de corruptos y al servicio de intereses desconocidos.

Ese malestar no es sólo síntoma de un deseo de mayor democracia, sino que implica también una valoración negativa de los políticos y un cansancio respecto de todo lo que tenga a ver con la política. Tal vez, desde las instituciones, hemos ofrecido una imagen de incapacidad para adaptarnos a los desafíos reales que sacuden nuestras economías, precarizan nuestros trabajadores y facilitan prebendas a los grandes sujetos económicos y a los mercados. El destino de importantes sumas de dinero público en algunos países a favor del rescate financiero de los bancos y, sin embargo, la implacable actitud de tales entidades ante

las situaciones de precariedad de sus antiguos clientes, ha constituido un ejemplo claro de que la política no siempre sabe explicar los extraños caminos por los que se intenta servir al bien común.

Si a ello añadimos el espectáculo de la aparente corrupción que existe en diversas sociedades de democracia madura, aliñada por determinados medios de comunicación con grandes dosis de demagogia y populismo; o la ineptitud de las instituciones para resolver los problemas de los ciudadanos, y todo ello se disfraza con declaraciones tecnocráticas que no explican nada de lo que realmente sucede, es obvio que los ciudadanos desconfíen de la democracia y sientan un escaso apego por la forma en que se ejerce. El binomio ineficacia y corrupción provoca grandes sombras de sospecha sobre la bondad de la democracia como servicio público.

Podríamos referirnos también a muchas otras razones que refuerzan la desafección ciudadana y que comportan un progresivo alejamiento de la política. Si resultaba gracioso el refrán italiano *“piove, porco governo”*, hoy en día resulta difícil de aplicar, dada la proliferación de niveles de toma de decisiones y que difuminan ante el ciudadano el nombre y la imagen del responsable real de sus males. En Alemania, la confusión de competencias entre gobierno federal, los Länder y las distintas cámaras, ha forzado a la necesidad de una clarificación de las competencias políticas de cada cual. Y lo mismo sucede respecto de la Unión Europea, que no consigue cuajar ante la opinión pública, dadas su complejidad burocrática y la despersonalización de sus decisiones. Ahora vamos a tener elecciones europeas. Nos pasamos cuatro años diciendo que todo es culpa de Bruselas y ahora pretendemos, en cuatro meses, contar con la participación de los ciudadanos como elemento clave de la democracia para las elecciones al Parlamento Europeo. El 25 de mayo -fecha de éstas- se abrirán las puertas a la consolidación en las instituciones europeas de partidos y grupos antieuropeistas y populistas de todo signo.

También los partidos políticos han de profundizar su democratización interna. En España, por ejemplo, se critica la existencia de listas bloqueadas y cerradas, pero en otros países su apertura no ha supuesto ejemplos de mayor afección ciudadana. En cuanto a los partidos políticos, es obvio que debemos hacerlos más abiertos y atractivos, convirtiéndolos en verdaderos espacios de debate, de formación y de participación. A menudo, sin embargo, los partidos son vistos como la causa de todos los males, de los abusos en las arcas públicas, del nepotismo, del enquistamiento de las propuestas y de la frustración de las iniciativas ciu-

dadanas. En España, por ejemplo, a pesar de nuestros pecados actuales, no debemos despreciar los efectos de cuarenta años de dictadura franquista y de su constante menosprecio por los partidos políticos anteriormente existentes.

Y no debemos olvidar tampoco el desprestigio de los parlamentos, que ya no son percibidos como las cámaras de debate en que se adoptan decisiones trascendentales para sus ciudadanos. Frente a las grandes corporaciones, frente a los intereses transnacionales, a las grandes compañías e, incluso, frente a la lógica de los mercados, los parlamentos de cualquier territorio o estado semejan más un simple escenario de distracción que un espacio en que la nación, democráticamente constituida, proceda a dotarse de sus propias leyes. Ya no se trata de debatir en el parlamento a propósito de mayores o menores partidas destinadas a gasto social o a satisfacer necesidades más o menos perentorias, sino que el antiguo debate sobre el alcance del estado del bienestar ha quedado literalmente barrido, cual tsunami, por la angustiada escasez de recursos en estos tiempos de crisis o, en el mejor de los supuestos, de lenta salida de la crisis.

No es extraño, pues, que también aparezcan líderes populistas, que alcancen grandes audiencias mediante las nuevas tecnologías, las redes sociales y los medios de comunicación. Líderes que, sin sujeción a mandato alguno ni a responsabilidad ante los electores, enardecen la sociedad y contribuyen a su división y enfrentamiento, entre otras razones porque ésta halla escasa respuesta por parte de unas instituciones cada vez más alejadas de la sociedad, con menos rostros y más impersonales.

Con las nuevas tecnologías se ha consolidado también lo que podríamos llamar democracia electrónica, es decir, un enorme y cada vez más complejo conglomerado de recursos en el que los actores políticos pueden actuar y relacionarse. Hoy no existe barrera para acceder a grandes cifras de personas mediante mensajes simples y directos, sin intermediarios aparentes. Y todo ese ejército de ciudadanos puede movilizarse por cualquier cuestión sin hallarse en un mismo espacio físico o, incluso, separados por distancias considerables, en un claro ejemplo de políticas transnacionales. Y lo que es más significativo: pueden movilizarse en ocasiones, y de hecho así sucede, a partir de una mentira inyectada en la red. El poder de los mercados financieros, pues, y el de la red nos han situado al sistema democrático, a la democracia, ante nuevos retos.

Ante ellos, debemos empezar, creo, con un acto de reivindicación de la política. Como humanistas, somos conscientes de nuestro compromiso. Nuestro deber

no es retroceder hacia nuestros cuarteles de invierno, sino avanzar, con todas nuestras luces, hacia las soluciones que exige nuestro compromiso con las personas y con el bien común. Y no nos lanzamos a la arena con las manos vacías sino que contamos con el acervo de nuestro ideario. Como afirmaba Bertolt Brecht, *"hay hombres que luchan un día y son buenos; hay otros que luchan un año y son mejores; hay quienes luchan muchos años y son aún mejores, pero los hay que luchan toda la vida y éstos son los imprescindibles"*⁵.

Meses atrás, en septiembre pasado, el Papa Francisco habló largamente del desprestigio de la política y de la necesidad de revertir esa opinión. Según sus palabras, *"la política es la forma más elevada de la caridad social"*⁶, toda vez que exige una entrega constante para luchar contra las desigualdades y las injusticias.

Bajo esa perspectiva, nuestra primera obligación sería la de restablecer el crédito de la política y de la democracia. Los partidos democratacristianos debemos ser los abanderados del proceso de regeneración democrática que exigen nuestros tiempos. Nosotros no nos debemos a las corporaciones ni a los grandes organismos. Muy al contrario, nuestros accionistas, por llamarlos así, son las personas, las familias y las comunidades naturales, a las cuales tenemos por objetivo servir. Hoy en día, si alguna ideología tiene sentido, no es el liberalismo o el socialismo, sino el humanismo, siempre dispuesto a arremangarse en pro del bien común y siempre consciente del valor infinito de cada uno de los seres humanos que habitamos el planeta. Sin embargo, no se trata de limitarnos a grandes declaraciones de principios; tampoco debemos resultar presuntuosos o soberbios, pero lo cierto es que debemos cargar con la responsabilidad de devolver la confianza en la política y en la democracia. Debemos ser claros y aceptar que la política no es perfecta y que nuestras democracias tampoco lo son. Pero también debemos defender que son el mejor sistema de que disponemos y que no estamos dispuestos a renunciar a él.

La política es el arte del acuerdo, de la negociación, del consenso, del respeto a las minorías. También es el reino de la prudencia y de la firmeza. Todos sabemos que ninguno de nosotros poseemos el completo dominio de la verdad y también sabemos que nuestros adversarios tampoco son los únicos instalados en el error. Cada uno de nosotros tiene su parte de verdad. El poeta catalán Salvador Espriu decía que la verdad es como un espejo roto, del que cada uno de nosotros tenemos un pedacito, y el bien común requiere la reconstrucción de ese espejo a partir del trocito de verdad de cada uno. Por ello, sin caer en el relativismo, también debemos ser los primeros en defender las formas de la democracia. No se

⁵ BERTOLT BRECHT. In Praise of the Fighters.

⁶ Referència a La Vanguardia, 27-12-2013. Pàgina 6 del suplement "Viure".

trata de plantear listas abiertas o cerradas, sino sencillamente de volver de nuevo a aquel estadio previo en que las personas decidieron que lo mejor para el bien común era poder debatir serenamente y, tras el debate, extraer de las urnas el deseo mayoritario de la sociedad. El gran reto actual de la democracia no es el despotismo del FMI o del G8 -que lo es-, sino que el primer gran reto es recuperar esa idea que el filósofo Daniel Innerarity expresaba con notable claridad y que consiste en entender que *"la política es inseparable de la disposición al compromiso, que es la capacidad de dar por bueno lo que no satisface completamente las propias aspiraciones. Está incapacitado para la política quien no tiene la capacidad de convivir con ese tipo de frustraciones y de respetar los propios límites"*⁷.

Nuestro primer enemigo, pues, son las actitudes de intolerancia hacia el debate y todos los supuestos de cerrazón y de menosprecio hacia nuestro adversario político.

La democracia sólo la podremos fortalecer mediante el diálogo entre todas las fuerzas sociales, cada uno de nosotros desde su propia parcela de verdad. El primer objetivo, pues, para recuperar el crédito perdido no puede ser otro que el orgullo de sentir la política como servicio público y la voluntad manifiesta de salir siempre, desde nuestras ideas, al encuentro del otro, sin ver en él al enemigo, sino al coadyuvante. Los medios de comunicación, a su vez, deberían también apostar por este fortalecimiento democrático que la sociedad exige, y su primera contribución debería ser el retorno al periodismo de información, libre y veraz, pero apartado del periodismo de triquiñuela y de todo aquello que contribuye a generar división, en lugar de provocar el lógico contraste de opiniones y de propuestas.

A partir de aquí, podemos plantearnos otras mejoras, necesarias y urgentes, que sirvan para fortalecer nuestra democracia. Debemos, por ejemplo, aumentar al máximo la transparencia de las administraciones públicas, fomentar los mecanismos de debate y de participación, abrir las listas electorales, democratizar los partidos políticos, pero todo ello debe ser fruto del previo e imprescindible consenso sobre el respeto a las reglas del juego y la voluntad de concurrir al bien común con ánimo de respeto y de entendimiento.

ctitud dialogante y centrada, entendiendo nuestra centralidad no como la equidistancia respecto de cualquier otro planteamiento, sino la posibilidad de hallar puntos de contacto y de acuerdo con cualquier otra fuerza democrática.

En este mismo esfuerzo, hemos sido impulsores de múltiples medidas de fomento de la cualidad democrática. Estamos trabajando arduamente para aprobar en breve una completa ley de transparencia, que permita al ciudadano conocer en todo momento cuáles son los actos que realiza la administración y en qué se invierte cada céntimo del dinero público. Desde el gobierno de Cataluña, la coalición de *Convergència i Unió* ha impulsado el portal de la transparencia, y hemos sido impulsores de diversas normas legales de fomento de la participación y de conocimiento de la opinión ciudadana. El Parlamento catalán está impulsando una ley de consultas populares que puede otorgar a la ciudadanía la capacidad de pronunciarse sobre cuestiones políticas del máximo interés. También estamos impulsando una nueva ley electoral que permita escapar de las listas cerradas y bloqueadas, y que aproxime representantes y electores.

Estas son, en síntesis, algunas reflexiones sobre los problemas actuales de la democracia y sobre la necesidad de fortalecerla como único mecanismo para ofrecer a nuestros hermanos, al conjunto de personas y familias que habitamos el planeta, un mejor servicio, una mayor libertad y una mayor justicia. En definitiva, pese a los achaques y a los padecimientos que puedan sufrir nuestras democracias, lo cierto es que estamos en condiciones de mejorar su salud y de perseverar en nuestro compromiso profético de denunciar aquello que no funciona y, todos juntos, avanzar hacia esa deseable y siempre esquiva meta del pleno bien común.

Hay mucho camino por recorrer aún, pero debemos sentirnos orgullosos, como demócratas cristianos, de nuestra trayectoria. Hemos sido, somos y continuaremos siendo voces proféticas siempre a favor de la persona, del humanismo y del bien común, y creo que gracias a ese pozo, a ese acervo, gracias a nuestra libertad y a nuestra esperanza, somos la fuerza más capacitada para intentar restablecer la dignidad de la política y para demostrar que la democracia no sólo es el mejor de los sistemas sino también un sistema siempre perfectible, jamás estático, y que siempre puede ir a más y a mejor.

Dicho esto, el orgullo se archiva y la carpeta que tenemos abierta en pantalla nos exige vigorizar nuestra insatisfacción permanente ante cualquier obra humana. También, por tanto, ante la democracia como desafío del servicio público.

⁷ DANIEL INNERARITY: "Los Sueños y las Urnas". El País, 29-10-2011.

CUADERNO CERVANTINO

No. 3, julio - agosto de 2022.

Periodicidad: bimensual

Equipo Editorial Cuaderno Cervantino
Vicerrectoría Comunicaciones y Vinculación con el Medio
Universidad Miguel de Cervantes

Francisca Ortega Frei
Alberto Aguirre Santiago

Diseño y Diagramación
Dirección de Comunicaciones
Universidad Miguel de Cervantes

Alberto Aguirre Santiago

Distribución digital
Vicerrectoría Comunicaciones y Vinculación con el Medio



UMC
UNIVERSIDAD
MIGUEL DE CERVANTES